

RELATAR, NARRAR Y FABULAR LOS MODOS DEL HABITAR ECOPOÉTICO

Jaime Pineda Muñoz
Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas
Manizales, 2004-07-12 (Rev. 2004-10-28)

RESUMEN

La irrupción de nuevos conceptos en el ámbito del pensamiento, ora filosófico, ora político, ora histórico, nos obligan a dar abrigo, prestar atención o tener cuidado, con múltiples problemas y múltiples preguntas que recorren los pasadizos del presente. En el umbral de este acontecimiento se instala, coloca y ubica el habitar eco-poético. Advertimos que esta noción en construcción, de la que solo podemos decir puede ser un relato, una narración, una fábula, se halla en estado de penumbra ontológica. Esta opacidad del habitar eco-poético depende hoy de la brutal incapacidad de enunciación, pronunciación y nombramiento. Forjando el porvenir, en acontecimiento extraño que aún no se presenta ante nosotros, el habitar eco-poético marca con dificultad su aparición para el pensamiento ambiental y advierte potencias insospechadas y derivas desconocidas, por un lado la traducción de nuestros devenires en la immanencia de la tierra y por otro lado las posibilidades de nuestro habitar en filiación poética con lo desconocido

PALABRAS CLAVE

Habitar, Heidegger, eco-poético, relatar, poetizar.

ABSTRACT

The irruption of new concepts in thoughts circuits, in one side philosophical, on the other hand political or historical take us to pay attention or be careful with multiple problems and multiple questions that run over narrow passages of the present. At the threshold of this event it is installed the eco-poetic inhabited. This notion that is just at the beginning of the build could be a narrative story, a tale or a fable. It is at an ontologically penumbra state. This opacity of eco-poetic inhabited depends on the rough incapacity of enunciate, noun and pronounce. Forging future into such a strange event that it is not yet in front of us. Eco-poetic inhabited marks with difficulty its appearance for enviromental thought and remind about unsuspecting powers and unknown courses, from one side the translation of our ever beings in the immanence of earth and in the other hand the possibilities of our inhabit in a poetic filiation with the unknown.

KEY WORDS

Inhabit. Heidegger, eco-poetic, to relate, to poetize.

Pleno de méritos, pero es poéticamente como el hombre habita esta tierra.
HÖLDERLIN

UNO

La relatoría de la relatoría. Olvidar a Mnemosine, retener a Ícaro

Al momento de pensar el habitar eco-poético nos encontramos con tres rutas posibles y un atajo. La primera ruta considera de suma importancia recrearse con el habitar poético y eco-poético. La segunda ruta señala como indispensable tomar en consideración las intervenciones, irrupciones e interrupciones de los que cohabitan. La tercera ruta marca una precisa articulación entre los tres momentos abordados de la obra heideggeriana (el habitar, el pensar, el poetizar) describiendo los puntos de conexión con el asechado "Pensamiento Ambiental". El significado del pensar y la necesidad del pensamiento ambiental, acortarán las distancias entre Heidegger y nosotros, es decir, entre la preocupación del filósofo alemán, porque todavía no pensamos en un tiempo que da que pensar, y la tranquilidad del filósofo ambiental, porque todavía espera el agotamiento de un tiempo que reclame ser pensado. Entre estas tres rutas, diremos: ruta de recreación, ruta de intervención y ruta de articulación, también nos encontramos con un atajo que achica el camino. Este atajo conocido por todos, visible a todos, que acorta distancias y reduce recorridos, nos permite alterar el trayecto entre la presencia de Mnemosine y el retorno de Ícaro.

Relatoría en fuga: Entre la presencia de Mnemosine y el retorno de Ícaro:

Recordemos que para Heidegger siguiendo la voz del poeta: “la memoria es la coligación del pensar” en tanto conmemoración de lo que debe ser tomado en consideración. Mnemosine no es una facultad de retención, tampoco una facultad de almacenamiento psíquico. Mnemosine, es la fuente del poetizar, de allí se desprende, siguiendo la meditación de Heidegger, que la “esencia de la poesía descansa en el pensar” . Pensar y poetizar nos aparecen en estrecha relación y bajo el esquema de una doble función: pensar lo más profundo para amar lo más vivo. Si retomamos que el poetizar –en este caso el amar lo más vivo en la voz del poeta- está fundamentado en Mnemosine, y que ésta se comporta como la coligación del pensar, es preciso tomar en consideración que es la misma Mnemosine la que ubica el pensamiento entre el cielo y la tierra. Mnemosine es hija de Urano (dios de los cielos) y Gea (diosa de la tierra). Ello implica para el pensar –lo más profundo-, un lugar entre el cielo y la tierra en su relación con el poetizar. El poeta, cuyo poetizar en palabras de Heidegger “busca el eco del pensar” , habita y mora al amparo de la divinidad, entre el cielo y la tierra, siempre en el reconocimiento de su finitud. La condición de mortal, de la cual se hace conciente el poeta en los ecos del pensar –ecos en la profundidad, ecos entre el cielo y la tierra- es para la comunidad de la tierra un imperativo de alteridad. No trazamos alteridad con los dioses, sino con nosotros mismos. La alteridad, en tanto reconocimiento del otro sólo se da, como afirmara Heidegger, en la medida en que somos concientes de nuestra propia muerte, de nuestra condición de seres mortales. Que comparezcamos ante la muerte es garantía de reconocimiento de la vida del otro. Entre el cielo y la tierra el hombre languidece y muere. Piensa, habita y poetiza. Pero también descende, pues no es sólo en la superficie, a distancia del cielo y a ras de la tierra donde tiene lugar el pensar y el poetizar. Es preciso hundirse, enterrarse, hacerse rizoma desde los ahuecamientos de la inmanencia. Mnemosine, junto a otros titanes, fue condenada al Tártaro, lo más profundo del Hades. Como canta el poeta, “el tártaro es para el hades, lo que la tierra es para el cielo” . Pensar-poetizar, no sólo habitando entre el cielo y la tierra, sino también descendiendo al tártaro, sepultándose en lo más profundo del Hades. Pero al Tártaro se le habita después de la muerte. Modo de habitar del filósofo, el científico y el artista. Como diría Deleuze y Guattari: “tres veces cruce el Aqueronte” . En consecuencia dejarse habitar entre el cielo, la tierra y el tártaro, es la morada del poetizar. Dejarse amar por la muerte, por la “buena muerte” que me procura la vida del otro, es la morada de la alteridad. Dejar-se pensar, dejar-de pensar –arrojarse- a lo más profundo, esa es la morada del ser. Quien ha pensado lo más profundo es entonces quien ha amado en el Tártaro. Sin embargo Mnemosine, la titánida, madre de las musas, coligación del pensar, debe ser abandonada. Su lugar será ocupado por Ícaro, hijo de Dédalo, quien para el Rey Minos diseñó y construyó el Laberinto del Minotauro. Ya hubo un tiempo en que fue preciso pensar y poetizar la fuga de Ícaro, otro tiempo para observar como levantaba vuelo con sus alas de cera, el tiempo de la metafísica, el vuelo trascendental por encima de la tierra. Ícaro habitó en el cielo, y de sus alturas, descendió a la tierra. Ahora el filósofo no presta su voz a la vecindad del poeta cantor. El que habla es el filósofo sin temor a equivocarnos, es él y no el poeta el que advierte el retorno de Ícaro en la figura del pensamiento ambiental. El retorno de Ícaro es en esencia lo que acaece entre el cielo y la tierra, no entre las alturas del poetizar y las profundidades del pensar, sino entre lo “celestial” de lo trascendente y lo “terrenal” de lo inmanente. Pero el cielo también es inmanencia. Acaece entre el cielo y la tierra un divorcio del hombre con la naturaleza. ¿Viene Ícaro para su gran reconciliación? El filósofo, del cual hemos prestado su voz, diría que no, que Ícaro ha retornado sólo para constatar el laberinto del pensamiento occidental. Ícaro sufre de esquizofrenia mítica. Nosotros de esquizofrenia cultural. Pitágoras, Parménides y Platón, los agentes patógenos del estado actual del mundo que Ícaro ha sobrevolado, sufren de tiranía prolongada. La historia de la tiranía religiosa en occidente. En la voz del filósofo: “El pensamiento occidental ha estado demasiado inmerso en la mitología platónica para romper los ligámenes que lo unen a la trascendencia. Ello sería más fácil si se tratase de enfrentar solamente una opinión filosófica pero, como hemos visto, la filosofía se convirtió en religión. En religión platónica, sin duda, y ello sitúa el problema en un nivel distinto de complejidad” (Augusto Ángel Maya. El retorno de Ícaro) . Ante esta tiranía religiosa en occidente, bien valdría la pena preguntarse por las sublevaciones inconclusas, los intentos fallidos de la inmanencia. El retorno de Ícaro es el rastro y vestigio de esta confrontación contra-platónica en el escenario de la civilización. El filósofo vuelve a prestar la voz, porque esta Relatoría en fuga uno , advierte que el atisbo de pensamiento ambiental se halla en la escritura de Ariadna, concedora ya del laberinto del rey Minos de Creta, culpable de la fuga de Teseo y por tanto responsable del encierro de Dédalos y su hijo Ícaro. Ariadna hoy ha prestado la voz del filósofo para preguntarse por las condiciones de posibilidad y de actualidad del pensamiento ambiental en el marco de la filosofía occidental, y ante el cadáver exquisito de una escritura tejida con violencia, exigir para el pensamiento ambiental el emerger de Perséfone y no el retornar de Ícaro. Esta Relatoría en fuga uno , que pretendió acortar la distancia entre la vecindad del poeta cantor en la figura de Mnemosine, y la alteridad del filósofo ambiental en la figura de Ícaro, es preludio del acontecimiento que está por venir para occidente: La retirada de Perséfone .

De regreso a uno: La relatoría de la relatoría:

En sí, tratamos de construir una relatoría que no sólo de cuenta de las derivas del habitar ecopoético, las intervenciones, interrupciones e irrupciones del que cohabita y los momentos de Heidegger, sino que al mismo tiempo inaugure el discurso por-venir, advierta la imagen-concepto por pensar, y si se quiere, divise a lo lejos el retorno de Ícaro sobre la tierra. La bienvenida de Ícaro a la tierra está garantizada en la cercanía, en la proximidad, en la vecindad del filósofo. De allí que esta relatoría cumpla al menos una doble función: narración de lo pasado y fabulación del por-venir. Diremos en este mismo sentido, una relatoría de lo que acontece entre el cielo, la tierra y el tártaro como preámbulo, prolegómeno y preludio del acontecimiento que trastorna la tradición occidental, perturba la tranquilidad del logocentrismo, aturde al sujeto trascendental de la modernidad, violenta la soberanía y arrogancia de todo humanismo ilustrado y autónomo, reinventa los ciclos de Paideia y

regresa al hombre a uno de los muchos tejidos que componen la trama de la vida. Somos por tanto, prolegómeno del pensamiento ambiental.

DOS

Una relatoría no es un paisaje clausurado (Un agenciamiento colectivo en la Universidad Nacional. GTA. IDEA.)

Una relatoría da cuenta de una fotografía. Testimonia y observa, con rigor o sin él, lo que acontece, lo que acaece y aquello que simplemente se desvanece. Una relatoría es un sistema abierto. Es acto en rizoma. Como lo sostiene Deleuze y Guattari: *“Escribir no tiene nada que ver con significar, sino con deslindar, cartografiar, incluso futuros parajes”*. Una relatoría es una escritura de la segmentaridad. Posa de ser síntesis dialéctica de lo discutido, de lo pensado, de lo habitado. Empero, cada vez con mayor fuerza parece reconocerse por fuera de la reconciliación entre contrarios. Una relatoría tampoco es un consenso, no es una declaratoria, no es un acta, no es una prescripción, no es un decreto, no es una sentencia, no es una epístola, ni un pasaje bíblico. Una relatoría, como es obvio, es sólo un relato al que también le es posible *“cartografiar futuros parajes”*. Hablamos por tanto de una relatoría que hace rizoma. Y hacer rizoma es una apuesta, por lo pronto diremos, ambiental. Si este incómodo huésped del pensamiento occidental, que pretende una “sísmica conceptual”, no se involucra con nuevos modos, estilos, cadencias y ritmos de escritura, terminará confinado a los regímenes de poder del sujeto conveciente de la modernidad. Sea este en tanto poder de escritura, poder de lectura o poder de libro. Al respecto Mil Mesetas sostiene que: *“Un libro no tiene objeto ni sujeto, está hecho de materias diversamente formadas, de fechas y de velocidades muy diferentes. Cuando se atribuye el libro a un sujeto, se está descuidando ese trabajo de las materias, y la exterioridad de sus relaciones”*. En nuestro caso, esta relatoría que hace rizoma, relatoría-raicilla, se conecta con las formas de la exterioridad, y por ello afirmamos que no es éste un paisaje clausurado. Si pretendiésemos definir esas formas de la exterioridad que atraviesan esta relatoría, ¿Cómo son? ¿Cómo llegaron a cruzarse con nosotros?, sería preciso tomar en consideración las intervenciones, interrupciones e irrupciones alrededor del “habitar poético”, o mejor aun, sería preciso decir cómo acontecieron, acaecieron y se desvanecieron los otros sujetos-raicilla del 8 de marzo de 2005. Hacemos referencia a los principios de conexión y heterogeneidad que permiten afirmar que *“cualquier punto del rizoma puede ser conectado con cualquier otro, y debe serlo”*.

Interrupción – interruptor del encuentro o momento preliminar:

La lectura de otra hermana relatoría, entorno al significado del pensar y la necesidad del pensamiento ambiental, inaugura el acontecimiento del 8 de marzo. En su escritura se da cuenta de la meditación heideggeriana alrededor de la pregunta ¿Qué quiere decir pensar? Y la aproximación a la pregunta ¿Qué significa pensar el significado del pensar? Entre una meditación y una aproximación parece acontecer una relación de calco, de calcomanía. Sin embargo, para todo texto que se pretende rizoma, por fuera del calco se encuentra el hacerse mapa, y quien pretende escritura en rizoma, transita por el texto-relatoría como prestando la voz a múltiples formas de la exterioridad, haciendo mapa con ellas. Quien escribe no se invisibiliza como autor, incluso nunca renuncia a su papel de intérprete, no sólo de las rutas, sino también a su propia ruta, y es ésta última la que en esta relatoría cobra importancia, pues lo otro ya fue relatado. Ante el pensar que se nos oculta, el ser reservado, el ser de la retirada, y el pensar como creación, se establece la brecha con la ciencia. Depositario larvario del conocimiento que nos condujo a la renuncia del mundo de la vida y nos confinó en el mundo instrumental. En el confinamiento se observa una figura que he decidido llamar “detención”. *“Pero la ciencia es de por sí una actividad que detiene el mundo de la vida para recurrir al ensayo error que permiten, como método, la construcción de la verdad sobre el mundo”* (Una voz cualquiera). Detención, es también atraso, demora, dilación y aplazamiento. Quien detiene el mundo de la vida es el científico. Pero esta detención como dijimos es también un aplazamiento. ¿Aplazamiento de qué? Es aplazamiento, quizás negación, de la experiencia de ser en el mundo de la vida. *“El conocer de la ciencia es carente de amor”* (Otra voz cualquiera). Conocer que no ama lo más vivo porque no ha pensado lo más profundo. En esta ausencia de mundo de la vida, terminamos arrojados por la ciencia moderna a un estado de crisis ante el cual parece tenemos pocas alternativas. *“Carentes de cuidado, de abrigo y de agradecimiento de esta raza taimada... somos el producto de un tiempo que creyó saber la hora, de un tiempo que excedió la confianza en un único discurso llamado ciencia moderna”* (Muchas voces o de nuevo cualquiera habla). Y ante esta exhortación que constata la carestía ontológica y la penuria existencial del hombre entre el cielo y la tierra, se instala el pensamiento ambiental como descentramiento de todos los órdenes culturales –ideológicos- de la modernidad no inmanentista, diremos al mismo tiempo, instalación y performance de nuevos modos del habitar poético.

Intervención – interventor del encuentro o momento intermedio:

El habitar poético requiere de un modo distinto de escuchar y prestar atención a otras formas de morar, otras vecindades y otras prácticas. Algo fugaz que siendo profundo registra siempre lo más vivo. A la palabra interventora se le adeuda la imagen-concepto de los modos de habitar la calle, la complejidad de ella derivada, las múltiples divisas que pueden ser constatadas, devenires imperceptibles, algunos sólo testimoniados en la posibilidad de un habitar poético, y la mayoría excluidos y aniquilados por los esquemas de intervención y comprensión del espacio que desde el poder es apto para ser habitado. Diremos, en eco a la voz interventora del habitar, exclusión y aniquilamiento que responde a las estrategias de control social evidenciadas en las

configuraciones del espacio. En un segundo momento relacionar este “habitar” - “imaginar” con el “escuchar”. Asistimos a un tiempo que es difícil escuchar-escucharse. Cuando el poeta escucha encuentra las medidas, al escucharnos a nosotros mismos comprobamos la performance del habitar. Al escucharnos reconocemos los modos de habitar del otro. Sin embargo se nos dificulta escuchar en un tiempo que no quiere ser escuchado. La ciencia moderna nos silenció, pero también estropeó nuestro tímpano. *“El pensamiento violentado por los estruendos de la ciencia y la tecnología está en peligro de limitarse, mutilarse, amputarse, cegarse” (Otra voz cualquiera pero femenina)*. Parece que no nos escuchamos, tampoco nos vemos. Porque escuchar es “dar la voz al otro” que también quiere ser escuchado. Porque percibir es “dar el ojo al otro” que también quiere ser percibido.

Irrupción – Irruptor (Irruptora) del encuentro o momento epigonal:

Ahora llamamos momento epigonal a la irrupción del encuentro. Es en la voz del habitar surge una disputa: Los méritos del hombre para habitar la tierra. ¿De quién es la soberanía de los méritos del habitar? ¿Del hombre sobre la naturaleza o de la naturaleza sobre el hombre? La arrogancia de la ciencia moderna, contenida en la presunción del logocentrismo convertido en razón instrumental y técnica, ha sostenido la arquitectura desencantada del mundo –estantería del despotismo ilustrado e instrumental- que ofrece al hombre los méritos del habitar. La época de la ciencia, la época de la técnica, la época de la razón, pretendidamente iluminadora, ahora debe ceder su trono a la trama de la vida, emergencia de una nueva reconstrucción de occidente, pensada más alrededor de la tradición inmanentista desde los jonios presocráticos, hasta las fabricaciones conceptuales del postestructuralismo. De la physis al rizoma, occidente, no sólo en un reconocimiento de otros modos de ver el mundo, sino también en el auto-reconocimiento de una ruta negada por la traición a la naturaleza. Traición que es ruptura, distanciamiento y divorcio de la inmanencia. De ahí se desprende la consecuencia nefasta, que en palabras de André Dartigues, refiriéndose a la fenomenología de Husserl afirma: *“Un mundo en el que iba a ser posible Auschwitz probó sobradamente, poco tiempo después de la muerte de Husserl, la impotencia y los límites de la racionalidad objetiva en un siglo que, siendo el de la ciencia, debiera haber sido también el de la razón”*, y que en nuestras palabras implica que por ser precisamente el siglo de la razón nunca fue el siglo del pensamiento. Poner en duda la luz de la racionalidad en sus grandes apuestas discursivas, en sus acometidas trascendentales, es la tarea de la filosofía. Más que un plano deóntico –del deber ser-, esta tarea inaplazable de la filosofía parece más una utopía –el llegar a ser, el llegar a estar-. El sin-lugar de la nueva utopía filosófica parece constatar en la arremetida ideológica del neopositivismo, que sin ser platonismo, es ausencia de universo simbólico, vivencial y estético. Nuevas luces para la tecnociencia, nuevas prácticas de aniquilamiento al pensar-poetizar. ¿Empero es esta tarea, nuevamente instaurada en la duda, un acontecimiento cimentado en el diálogo de saberes, la nueva interlocución con las ciencias y la puesta en escena de un renovado sujeto que aprende a habitar poéticamente? Es quizá una profunda sospecha. No podremos por tanto confabularnos del todo con la voz del filósofo cuando sostiene que: *“La filosofía tiene, por tanto, una tarea prioritaria: ayudar a construir un escenario cultural en donde sean posibles la tolerancia y el diálogo de saberes. Cualquier intento de filosofía futura tiene que basarse en el complejo y difícil ejercicio de la interdisciplina. Una vez superados los dogmas platónicos que habían invadido el terreno filosófico, es lícito sentarse a la mesa redonda para construir un escenario común de reflexión y de convivencia. Para ello debemos afianzar todavía el convencimiento de que ese escenario es nuestro y solamente nuestro y de que sólo lo podemos construir en el diálogo, no en imposiciones dogmáticas de cualquier tipo” (Augusto Ángel Maya)*. Hasta aquí podemos relatar el papel del interruptor, el interventor y el Irruptor del encuentro del 8 de marzo. Adentrémonos por último en las derivas del habitar poético y eco-poético, testimonio de una escritura silente que nos mandó a callar.

TRES

La tra (d) ición del habitar eco-poético

Acontece la marcha de un discurso arrojado a una aventura extraña que ronda el habitar poético: aproximación a una traducción que se declara parte de una traición. De toda traducción, diremos junto a Derrida, emerge siempre un tercer texto: extraño al autor y extraño al traductor. Una obra parida que es desconocida. Composición de nuevos ritmos, de nuevas velocidades, de nuevos flujos e intensidades. Así nos aparece la aventura del eyecto, que entre los múltiples recorridos que se propone adelantar, procrea en su traducción un nuevo texto, una nueva textura de nuestra última meditación heideggeriana. En ella se oculta, reserva, visibiliza, muestra y arrebatan, posiciones, formas y velocidades de la imagen-concepto del habitar-poético. Siempre registrando, siempre retratando, en una escritura cuya cadencia parece conducirnos ora por un réquiem, ora por un enigma, ora por una conspiración, ora por un performance, ora por una vivencia, ora por una cura, ora por un ágora, ora por un círculo, ora por un poliedro. Del habitar eco-poético se puede decir que es siempre una máquina de rehacer sentidos. Y es esta afirmación la que nos permite iniciar nuestro sobrevuelo marcando un acontecimiento-pretexito: el habitar poético del hombre. Es posible que esto haga posible a Heidegger –por fuera de pensar la guerra-, la polifonía de voces que en él se recrean, los muchos ecos sonoros a los que remite su meditación. Heidegger es siempre invisible ante la vecindad del poeta cantor. En su escritura replican los himnos de Holderlin y las epifonemas presocráticos. Para el eyecto por tanto *“interesa pues su capacidad de escuchar y dejar hablar otras voces”*. De algún modo es este “escuchar” el que se va a convertir en una de las rutas fundamentales para el habitar poético. Siguiendo el sobrevuelo, el eyecto enfrenta a Heidegger desde la relación pensar-poetizar, al ser de la metafísica en tanto ser estático. Empero su enfrentamiento no se agota en este punto sino que llega a los límites de la percepción y la representación. Un habitar poético no puede pensarse bajo la lógica de la percepción imitativa y la representación objetiva. Siguiendo una deriva ya inaugurada y aun explorada, este habitar poético es desde una perspectiva contemporánea, una percepción creativa o constitutiva

de un bloque de sensaciones que procuran los perceptos y los afectos, y estaría en el escenario de la clausura de las representaciones, allí donde se hace ruptura con la unidad del signo lingüístico, allí donde se hace colisionar el andamiaje metafísico del lenguaje. El habitar ecopoético trata por tanto de trazar el plano de inmanencia que le corresponde al pensar-poetizar. Sin embargo no se renuncia a la constitución ontológica de esta relación, y por el contrario, traduciendo –diremos también traicionando- a Heidegger sostiene la idea de una ontología negativa que *coloca al habitar no sólo del lado de un acción o de una operación, sino además del lado de una reserva, una reserva que guarda y hace lugar para lo conocido que no se presenta y para lo desconocido que podría presentarse*. En tanto el poetizar, por fuera del orden literario, es un dejar habitar, se involucra, coligado al pensar en la construcción de la morada del hombre entre el cielo, la tierra y el tártaro. De esta ontología negativa de la reserva, del abrigo, del cuidado del ser, se nos empuja hacia una ontología del hacer. Ello se nos muestra como una ruta posible entre el dejar habitar y el permitir ser haciendo. Esta variable, que para nuestro gusto condensa toda exhortación a la ontología del hacer, significa un hacerse lugar, que en palabras extranjeras: *“En último término, el habitar poético regresa a un a ontología del hacer y la acción definiéndose como construcción, como posibilidad de hacer lugar y a través del lugar espacio al ser, a los seres presentes y no presentes, copresentes aún, entre el cielo y la tierra, contemplando en su acción la posibilidad de acceso tanto de lo desconocido como de lo conocido”*. Utopía en movimiento, el sin-lugar que en su propio movimiento de auto negación se hace a un territorio en la imaginación. Y decimos imaginación en sentido estricto, en tanto el mismo Heidegger nos ha permitido pensar la imaginación como un hacer. Pero esta utopía del habitar poético es máquina de guerra contra máquina urbanística, contra regímenes espaciales, contra órdenes culturales de uniformidad, contra todo fascismo de anulación de las prácticas marginales del habitar poético. Contra toda “antropometría”. Antropometría, antropométrico, el “hombre” (de la ilustración, autónomo y soberano) es la medida de su propio confinamiento. La retícula en la cual estamos aprisionados es cartesiana. Hasta aquí se hace una traducción –traición- de Heidegger. Nada distinto nos ocurre salvo la constatación del habitar poético del hombre como una utopía. Para pensar el habitar poético –una máquina de guerra- es preciso una medida del poetizar, este es el retorno a Heidegger, -demasiado pronto- aunque a nuestro modo de ver, retorno forzado, pues aquella arquitectónica particular heideggeriana no fija el compás de la anomalía como sostiene Mauricio Vásquez: *“Ahora bien, del habitar poético es correspondiente una arquitectónica particular, una arquitectónica que de algún modo se contiene en el fijar medida y compás para construir en concordancia rítmica con lo anómalo, con lo imprevisto, con lo no concordante, con lo inevitable que se prefigura”*. Porque pese a que Heidegger toma distancia crítica del habitar impoético, al afirmar que: “Ella es lo que es propiamente el medir, no un mero sacar la medida con los módulos ya dispuestos para la confección de planos. Por esto el poetizar no es ningún construir en el sentido de levantar edificios y equiparlos”, es necesario precisar que Heidegger atribuye al poetizar el “habitar del hombre en su esencia”, y es aquí donde se levanta la pregunta: ¿Es esta esencia del hombre, un habitar de la inmanencia, o aun, de la vieja trampa originaria de la metafísica? O por el contrario, como sostiene el Amigo, ¿Lo que el poetizar garantiza en el habitar del hombre no es su esencia sino su filiación de lo desconocido?

BIBLIOGRAFÍA

Aank Conference on Development Economics. Paris, 1999.
1994.

Close Window